

minados minuciosamente, dijo el capitán Döwer.

—Pero si admitimos que un hombre traiga personalmente los explosivos..... pregunté yo.
—Son demasiado cobardes, para arriesgar así su propia existencia.

Durante esta conversación, Flannigan había escuchado con aire indiferente; pero á esta contestación del capitán levantó la cabeza y miró:

—Me parece que les reconoce usted poco valor, dijo. Toda sociedad secreta ha producido héroes, hombres que consideran como un consuelo supremo sacrificar su vida por una causa y hermosa, en tanto que otros la consideran injusta. ¿Por qué los fenianos formarían la excepción?

—Un asesinato, bajo cualquier forma que se presente, será siempre un crimen para todos y no tiene excusa posible, dijo el joven pastor.

—¿Qué dice usted, entonces, del bombardeo de París? dijo Flannigan. El mundo civilizado ha dejado llevar á cabo el crimen sin intervenir; se ha concentrado, para excusarle con darle el nombre sonoro de guerra. Para Alemania, ese bombardeo era legítimo. ¿Por qué los fenianos no considerarían la dinastía como un medio de defensa legal?

—En todo caso, contestó el capitán, sus amenazas huecas no han molestado jamás á nadie.

—Perdone usted, dijo Flannigan, me parece que se pueden abrigar dudas sobre la suerte del "Dutterel." He encontrado en América personas que aseguraban que un torpedo estaba mezclado en el carbón del vapor.....

—Es una mentira vulgar, dijo el capitán. Se ha comprobado debidamente en el proceso que el accidente fué debido á una explosión de gas. Pero vea, deberíamos cambiar de conversación; de lo contrario, las señoras pasarán una noche agitada.

La conversación volvió á su curso ordinario.

Durante esta pequeña discusión, Flannigan había sostenido su tesis con una corrección y una tranquilidad de que no le habría creído capaz; yo admiraba dentro de mí á ese hombre que, en el momento de cometer su crimen, podía discutir con tanta corrección una cuestión de tanta trascendencia para él. Como ya lo he dicho, había bebido mucho. Pero á pesar del color subido de sus mejillas, había conservado toda su lucidez de espíritu; ya no tomó parte en la conversación y pareció sumergirse en sus reflexiones.

Una oleada de pensamientos siniestros acudía á mi mente. ¿Qué debía hacer? ¿Debia levantarme y denunciar á los criminales al capitán y á los pasajeros? ¿Debia pedir al capitán un momento de conversación particular y revelar el complot? Mi primera idea fué ésta; pero mi vieja timidez acostumbrada se presentó con fuerza y no me dejó mover de mi asiento. Después de todo, ¿si yo me había equivocado? Dick, que conocía mi secreto, no le prestaba fe. Me decidí á dejar que los sucesos siguieran su curso. ¿Aquí socorrer á las personas que no creía en el peligro? or otra parte, era deber de los ofi-

ciales protegernos y no era el muestro el de prevenirlos. Bebí algunas copas más y subí sobre el puente, resuelto á guardar para mí el terrible secreto.

La noche era espléndida, y á pesar de la sobreexcitación de mi espíritu, aspiraba con delicia aquella brisa exquisita. Muy lejos, al Oeste, un pequeño velero parecía una mancha oscura sobre el disco brillante del sol que se ponía; esa vista me hizo temblar. Una sola estrella brillaba encima del palo mayor; pero á cada vuelta de hélice, el agua parecía reflejar millares de puntos luminosos. El humo de nuestro buque parecía un penacho oscuro sobre un manto de púrpura y formaba una mancha única sobre el cielo brillante. Yo encontraba muy cruel pensar que bien pronto esa armonía majestuosa sería alterada por un simple mortal.

—Después de todo, me dije, hundiendo mi mirada en las profundidades del océano, si las cosas van mal, como temo, más vale morir aquí que no esperar indefinidamente la muerte sobre un lecho de dolor.

La vida de un hombre parecía bien poca cosa en medio de la grandeza de la naturaleza; sin embargo, á pesar de toda mi filosofía, no pude evitar un temblor cuando, al volver la cabeza, noté del otro lado del puente dos figuras humanas que reconocí inmediatamente. Estaban empuñadas en una conversación seria de la cual no recogía desgraciadamente ni una palabra; me contenté con pasearme arriba y abajo, vigilando con atención sus menores movimientos.

La llegada de Dick á mi lado fué para mí un verdadero consuelo. Vale más confiar sus secretos á un amigo incrédulo, que conservarlos escondidos en el corazón.

—Pues bien, amigo, me dijo alegremente, dándome un puñetazo en las costillas. ¿No hemos volado todavía!

—No, todavía no; pero nada prueba que no volaremos más tarde.

—¿Locuras, querido! No puedo comprender quién le ha puesto á usted semejante idea en la cabeza. Acabo de conversar con uno de sus pretendidos asesinos, que me parece muy buena persona, aficionada á todos los deportes, por lo que he podido juzgar.

Dick, contesté con gravedad, estoy seguro de que esos hombres tienen una máquina infernal y de que nos hallamos en el umbral de la eternidad. ¿Estoy tan seguro como si los hubiera visto encender la mecha!

—Pues bien! Si está usted tan convencido, amigo mío, dijo Dick, sorprendido por mi gravedad, su deber es participar sus sospechas al capitán.

—Tiene usted razón, lo haré; sólo mi timidez me ha impedido hacerlo hasta ahora. Creo que nuestra salvación depende únicamente del capitán.

—Pues bien! Vaya usted, háblele en seguida; pero por favor no mezcle mi nombre en este asunto.

—Le hablaré en cuanto baje del puente de comando, dije. Entretanto, no pierda de vista á mis criminales.

—Hágame conocer el resultado, ¿quiere? me dijo alejándose en busca, según me pareció, de su vecina mesa.

Quedado solo, conmigo mismo, pensé en mi escondite de la mañana, y volví al bote de salvamento, donde me tendí. Desde allí podía ver tranquilamente los sucesos, y levantando la cabeza de tiempo en tiempo, podía espiar á mis desagradables compañeros de viaje.

Pasó una hora: el capitán estaba siempre sobre el puente de comando, conversando con un antiguo oficial de marina, y ambos discutían con pasión un punto técnico de navegación. Era ya estrada la noche, de manera que yo distinguía difícilmente á mis dos criminales, siempre de pie en el mismo lugar donde se habían reunido después de la comida. La mayoría de los pasajeros habían bajado al salón; muy pocos de entre ellos se paseaban por el puente; la más absoluta tranquilidad que parecía ser un presagio de un verdadero peligro. Apenas el ruido de la hélice y de la campana de las horas interrumpían el silencio espantoso de esa noche.

Pasó otra media hora; el capitán no bajaba del puente de comando; parecía clavado en su puesto, y mis servios estaban tan tendidos, que el ruido de dos personas que caminaban por el puente me estremeció. Miré, y ví que Flannigan y su compañero habían cruzado el puente y se encontraban debajo de mi bote. La luz que arrojaba una linterna los iluminaba de lleno, y me permitió ver que Miiller llevaba como al descuido, sobre el brazo, el sobretodo que yo conocía muy bien. Volví á caer de espaldas casi inconsciente, y ahogando un grito; me parecía que mi falsa timidez iba á costar la vida á doscientos inocentes.

Yo conocía, por haber leído muchos ejemplos, esas terribles venganzas ejercidas contra los espías; yo sabía que un hombre perseguido no mira los medios para salvarse y hacer desaparecer á la persona que lo ha descubierto en sus criminales propósitos. No me quedaba, pues, más que esconderme en el fondo de mi bote, y espiar su conversación, hecha en voz muy baja.

—Este lugar conviene, dijo uno.

—Sí; e viento es mejor de este lado.

—¿Me pregunta si el resorte funciona bien?

—Estoy seguro.

—Debemos hacerlo partir á las diez, ¿no es cierto?

—Sí; á las diez en punto. Tenemos todavía ocho minutos.

Después de unacorta pausa, la voz continuó:

—Oirán el ruido del resorte, me parece.

—No importa; será demasiado tarde para impedirlo.

—Es cierto. ¿Cuán asombrados se quedaron todos los que hemos dejado atrás!

—En efecto, ¿cuánto tiempo hay que contar hasta que tengamos nuestras noticias?

—Las primeras llegarán á media noche, no antes.

—Este éxito será mío.

—No. Será mío.

—Es lo que veremos, amigo.

Nueva pausa; luego oí la voz de Miiller, que murmuraba:

—Cinco minutos todavía.

¿Cuán largos me parecieron esos minutos! ¿Y cuán violentos los contaba en el fondo de mi bote!

—Esto hará sensación en tierra, dijo uno.

—Sí; mucho ruido en los diarios.

Levanté tímidamente la cabeza y miré á los dos bandidos. No había ya la menor duda; la muerte se levantaba frente á mí, implacable, inevitable. El capitán había bajado del puente del comando, y aparte de esos dos siniestros individuos, el puente estaba desierto.

Flannigan tenía su reloj en la mano.

—Todavía tres minutos, dijo. Póngala sobre el puente.

—No, mejor aquí, en la baranda.

Comprendí, al oír el ruido, que se hallaban debajo de mi cabeza.

Miré nuevamente: Flannigan echaba en su mano el contenido de una bolsa de papel. Reconocí los granitos blancos, los mismos que los de la mañana, destinados sin duda alguna á encender la mecha; oí el mismo ruido que ya me había intrigado.

—Un minuto y medio todavía, dijo. ¿Tirará usted ó yo de la cuerda?

—Yo la tiraré, dijo Miiller.

Estaba de rodillas y tenía la cuerda.

Flannigan, depie detrás de él, tenía un aire diabólico y resuelto, que concluyó de enloquecerme. Yo no aguantaba más; mis nervios estaban agotados.

—Deteneos, grité, poniéndome de pie en el bote. ¿Deteneos, bandidos sin fe ni ley!

Los hombres vacilaron. Creo que me tomaron por un espíritu vengador, al ver mi perfil destacarse sobre la luna pálida.

Yo mesentía valiente; era necesario; no podía retroceder.

—Caín ha sido maldito, grité, y no había muerto más que un hombre. ¿Queréis llevar sobre vuestras conciencias el peso de doscientas víctimas?

—Está loco, dijo Flannigan. Es hora. Tire, pues, Miiller.

Salté sobre el puente.

—Usted no tirará, grité.

—¿Y con qué derecho nos lo impedirá usted?

—¿En nombre de Dios y de los hombres!

—Esto no le interesa á usted. ¿Váyase!

—¿Que el diablo se lleve á etse animal!

—¿Que el diablo se lleve á etse animal! Miiller, yo lo tengo; tire usted de la cuerda.

Un instante después yo me debatía entre los brazos del irlandés.

Besisitr era imposible.

—Vamso, apresúrese, dijo. Ya no puede molestarnos.

Más muerto que vivo, yo me sentí en la puerta de la eternidad. Medio ahogado por el más grande de los bandidos, vi al otro acercarse á la caja fatal. Se inclinó y tomó la cuerda. Una corta plegaria subió desde mi corazón á mis labios, cuando lo ví estirar la cuerda. Un ruido

seco, extraño, se produjo. El mecanismo había funcionado; el costado de la caja se abrió, y... las palomas mensajeras desplegaron el vuelo.

Inútil decir más. Prefiero no hablar del asunto; tan absurda y ridícula me parece ahora esta historia. Lo mejor es, me parece, desaparecer de la escena y ceder mi lugar al noticiero encargado de la sección Deporte del "New York Herald." He aquí el artículo que apareció en las columnas de aquel diario, poco después de nuestra salida de América:

"Carrera de palomas viajeras poco vulgar."—Una carrera de nuevo género se ha realizado la semana pasada entre las palomas de H. Flannigan, de Boston, y las de J. Miller, el conocido sportsman de Lowell. Ambos han dedicado mucho tiempo a la mejora de la raza, y la experiencia que intentaban había interesado la opinión pública. Estaban comprometidas gruesas sumas. La largada se ha efectuado desde el puente del trasatlántico "Spartiate," a las diez de la noche, el día en que el vapor se encontraba a unas cien millas más ó menos de las costas americanas. La paloma que recorriera con mayor velocidad esta distancia y regresara la primera

al palomar, sería la vencedora. Creemos saber que nuestros valerosos sportsmen han encontrado serias dificultades, porque ciertos capitanes tienen incomprensibles prevenciones contra las á pesar de ligeras complicaciones, sobrevenidas o de sus bordes. Pero al último momento, las palomas fueron largadas exactamente a las diez. La de Miller ha llegado a Lowell en la mañana siguiente, muerta de cansancio; la de Flannigan se ha vuelto al palomar. Todos los que han apostado tendrán, por lo menos, la satisfacción de saber que este "match" ha sido llevado a cabo con la más estricta honradez. Las palomas están encerradas en una caja inventada especialmente, que no podía abrirse sino por medio de un resorte.

Esta adaptación permitía alimentarlas por una apertura practicada en la tapa, y así ha sido imposible toda preparación de las alas.

Hacemos votos para que nuevos ensayos de este género, popularicen en América este deporte. Sería una diversión agradable y al mismo tiempo un aliento para los "matches" sensacionales y variados que desde hace algunos años se han multiplicado en tan grandes proporciones."

FIN

